

Alberto C. Cabral\*

## Pandemia, fronteras y sesiones virtuales\*\*

### A cinco días del ASPO<sup>1</sup>: Skype y extrañeza

Estamos viviendo un momento muy particular: uno de sus rasgos es que tendemos a transitarlo en una atmósfera oníroide. Es habitual escuchar el comentario de estar viviendo estos días de aislamiento “como en un sueño”..., cuando no en una pesadilla. La marquesina de un cine de Nueva York se hace eco en estos días de este registro compartido: “Cine cerrado hasta que la vida real no se perciba como una película”.

Ocurre que hemos abandonado abruptamente nuestras rutinas cotidianas y nos cuesta aun reconocernos en hábitos que, si bien pertinentes y necesarios, han restringido notoriamente la riqueza y la diversidad de los vínculos y de los escenarios que habitamos. Nuestro mundo ha perdido su condición *Heimlich* y se ha tornado bruscamente *Unheimlich*. Su extrañeza nos contagia e intentamos, a tientas, reacomodarnos: nos llevará seguramente un tiempo lograrlo.

Mi impresión es que el llamado *modelo óptico desarrollado* de Lacan (1958/2009) puede ayudarnos a captar algunos aspectos de la microscopía de esta conmoción. No es ahora el momento de desplegar sus sutilezas, pero es la referencia implícita con la que voy a intentar, mediante una analogía, aprehender algunas de las coordenadas de nuestra circunstancia actual.

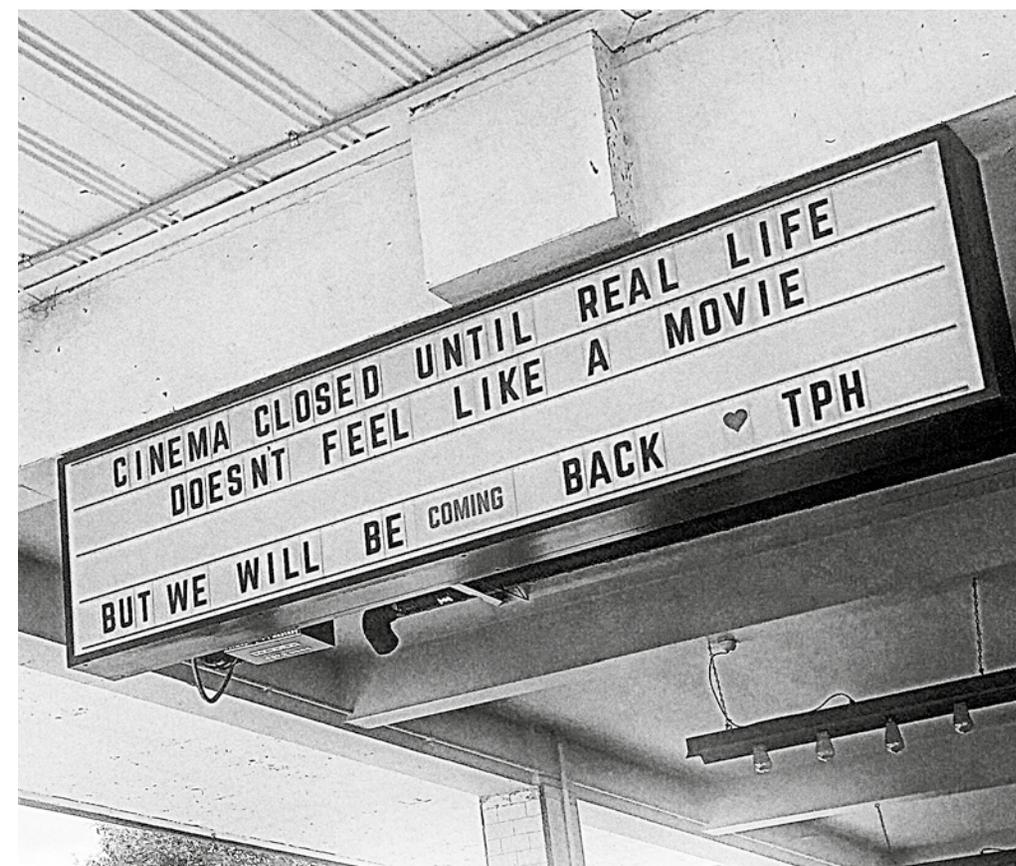
Todo ocurre como si estuviéramos viviendo, *pero en pocos días*, el terremoto subjetivo que un adolescente *clásico* atravesaba en el curso de meses –a veces, años– inquietantes, en los que ya no lograba reconocerse en las rutinas, la imagen, el cuerpo y las urgencias del niño que fuera hasta entonces.

Nuestra situación es análoga, pero aun más desfavorable: es que se aproxima más a la del adolescente *actual*. El adolescente *clásico*, en cambio, contaba con el sostén simbólico de padres e instituciones. Ya Durkheim, a comienzos del siglo

\* Asociación Psicoanalítica Argentina.

\*\* El primer apartado de este trabajo fue publicado en *La Época*, revista virtual de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), en un número dedicado a la pandemia, a los cinco días de establecido el aislamiento social preventivo y obligatorio.

1. Siglas de la medida Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, promovida por el gobierno argentino ante la pandemia.



XX, señaló sus limitaciones, exacerbadas en nuestra época, en particular en los sectores más vulnerables del armado social, pero en líneas generales sus referencias simbólicas lo alojaban y contenían, haciendo más vivible que en la actualidad la complejidad del tránsito que tenía por delante. Si Freud podía decir que la tarea central que enfrentaba el adolescente de su época era *desasirse de la autoridad parental*, nuestros días suman la complejidad de encarar un desasimiento... ahí donde no hubo en muchos casos un *asimiento* previo.

Pero volvamos a la analogía. Digamos que nuestro escenario ha sufrido –sin anestesia y en pocos días, a diferencia del caso del adolescente *clásico*– un recorte y un aplanamiento abruptos, que interfieren en el despliegue de aquellas rutinas en las que nos reconocemos. Se desdibujaron buena parte de los parámetros cotidianos laborales y vinculares que brindaban sostén simbólico y sentido a nuestra existencia: despojados de nuestro libreto habitual, la habitamos, en grados variables, como autómatas.

Llegados a este punto va a ser conveniente descompletar el *nosotros* que utilizamos hasta ahora. Seguramente, los analistas –exponentes, en general, de las clases medias de nuestros respectivos países– no alcanzamos a vislumbrar el desamparo (no solo económico) que supone para un trabajador cuentapropista asistir al quiebre de su precaria cadena laboral, aun cuando sí sabemos que ese es el impacto que está sufriendo (en las condiciones impuestas por el ASPO) el 40% de la fuerza de

trabajo *-informal* es su designación técnica- de nuestro país<sup>2</sup>. La conmoción subjetiva que puede acarrear la ruptura del lazo que los mantiene precariamente ligados al todo social proyecta el desamparo que experimentan en una escala difícilmente concebible en nuestro universo simbólico.

Nuestras tribulaciones como analistas son otras, y no por medrar más allá de la insatisfacción de necesidades básicas, debieran por ello ser minimizadas. Es que el malestar es una variable que se sostiene en significaciones subjetivas, válidas para cada quien, y que no responden a parámetros objetivos y cuantificables.

Ajustemos entonces el lente de nuestro *zoom*. Somos muchos los colegas que hemos decidido, en los últimos días y casi sin mediar una transición, continuar nuestro trabajo por medios virtuales (Skype, Whatsapp). Parece existir una suerte de convalidación colectiva de este cambio (la IPA acaba de enviar un tutorial orientador al respecto), que ha relegado hasta nuevo aviso la condición presencial del encuentro analítico. Es que las medidas de aislamiento -que, hasta no contar con vacunas y tratamientos específicos, constituyen la única herramienta valiosa con la que contamos para al menos amortiguar la expansión descontrolada del coronavirus- nos han colocado ante la opción de interrumpir nuestra práctica hasta un mañana incierto o explorar nuevas opciones que permitan su continuidad.

Resulta interesante cotejar esta respuesta rápida a los desafíos impuestos por el coronavirus -y, sobre todo, la aceptación casi unánime que está obteniendo- con las objeciones y cuestionamientos de muchos colegas ante los riesgos que para ellos suponía la introducción de modalidades tecnológicas novedosas que “distorsionaban” un dispositivo tradicional... cuya observancia (una rutina, al fin) les permitía reconocerse como psicoanalistas.

¿Será, como decía Góngora, que la necesidad “tiene cara de hereje”? Quizás este momento inquietante que atravesamos nos brinde la posibilidad de reconsiderar, más libres de anteojeras, qué es lo que determina la especificidad de nuestra práctica. La respuesta espontánea de la gran mayoría de nuestros colegas parece sugerir que no estriba en la fidelidad canina a un dispositivo formal, por *clásico* que se reclame. Pero una cosa es consentir un cambio desde la convicción de preservar la autenticidad de la práctica... y otra cosa es hacerlo con la convicción, amarga e íntima, de desvirtuarla, pues solo se la concibe sujeta a un formato excluyente.

Será importante estar atentos a cómo vamos procesando este desvío del *standard*... en una práctica para muchos rebelde a la *standardización*. Tengamos presente la observación de Freud en relación con el juez libertino que, por efecto de la formación reactiva, puede convertirse en severo e implacable en el ejercicio de su función. Quien en su fuero íntimo se vive como transgresor puede convertirse en un guardián feroz de la ortodoxia.

2. Es el porcentaje estimado de trabajo informal en Argentina, esto es, el trabajo no registrado oficialmente: no cuenta con seguridad social, cobertura jubilatoria, vacaciones pagas ni legislación específica que lo ampare.

## Fronteras, analistas-exploradores y herejías

En un video de difusión para nuestro próximo Congreso (por ahora postergado) de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), compartí algunas de las resonancias que tenía para mí el eje escogido: “Fronteras”. Insistí en el hecho de que las zonas de frontera eran zonas en las que “pasaban cosas”. En tanto zonas privilegiadas de intercambio, pasan a través de ellas bienes, mercancías y personas. Pero, también, giros idiomáticos que hacen que la lengua hablada en las fronteras sea particularmente híbrida..., así como las pautas culinarias y culturales en general, que suelen participar de un mestizaje habitualmente enriquecedor.

Las fronteras configuran también zonas más desreguladas: pese a los esfuerzos de los Estados, la mano larga de la Justicia no llega a regir con plenitud en los confines, impregnados de un clima trasgresor que les confiere un aire inquietante. Es que en ellos “pasan cosas”, también, en el sentido de que *ocurren* acontecimientos, menos frecuentes en ámbitos *normales*, que los convierten en escenarios privilegiados para ficciones policiales o de espionaje.

El caso es que también nuestra disciplina tiene fronteras que delimitan su jurisdicción y sus áreas de incumbencia. Fronteras que, si se adopta una mirada “de águila” (Nietzsche, 1881/2010) extendida en el tiempo, demuestran ser tan móviles y cambiantes como las estatales. Es por eso que el desenvolvimiento de nuestra disciplina se ha visto impulsado, en el siglo largo que lleva de existencia, por la convicción entusiasta de analistas que extendieron la práctica basada en la asociación libre y la atención flotante más allá de las fronteras consagradas por el *estado del arte* que les fue transmitido.

Esto nos permite pensar que, afortunadamente, estos analistas-exploradores se beneficiaron de una transmisión que alentó en ellos un espíritu innovador y transgresor, que los autorizó a incursionar más allá de las fronteras que encuadraron la práctica de sus “padres”..., preservando a la vez la “diferencia específica” (Aristóteles, trad. en 2004) que hace de un diálogo, un diálogo propiamente psicoanalítico. Sin hesitar a la hora de modificar, cuando fue necesario, encuadres y modalidades *clásicos* de intervención para alojar y diseñar respuestas a las nuevas demandas a las que se proponían responder.

Diríamos que cada uno de ellos pudo modelar una “ecuación personal” (Ferenczi, 1928/1984) que le permitió habitar en forma creativa, pero rigurosa a la vez, el espacio evocado por el binomio -casi un *oxímoron*- que convocó otro Congreso reciente de Fepal: “Tradición-invencción”. Y sabemos -esto también hace a la historia de nuestra disciplina- que cada uno de ellos tuvo que soportar en su momento, y en mayor o menor medida, las resistencias y las descalificaciones de un *establishment* siempre más consagrado a resguardar lo que una tradición puede tener de esclerosante que a acoger lo que una innovación puede aportar de desarrollo.

A pesar de estos obstáculos, el psicoanálisis incursionó -primero, tímidamente, para consolidar su presencia después- en el trabajo con psicóticos, con niños, con parejas, con grupos, con familias, con adicciones... Mi impresión es que la homologación del uso de dispositivos virtuales para desplegar nuestra práctica ha recorrido en los últimos años un camino similar, sembrado de imputaciones de herejía y de resistencias análogas a las que despertaron, en su momento, las sucesivas extensiones de las fronteras iniciales de nuestra disciplina.

## La sesión virtual: Especificidad y comparación. Dos emergentes clínicos

Estamos habituados a confrontarnos con las diferencias en términos comparativos, esto es, a evaluar lo nuevo por aquello que lo hace distinto de lo ya conocido, pero con una particularidad: tendemos a considerar en términos peyorativos aquello que, en lo nuevo, es marca de diferencia. Es decir, a constatar, en lo que lo hace diferir, no tanto la afirmación de su especificidad, sino su presunta impotencia para equipararse a lo ya conocido. Procedemos, en ese sentido, siguiendo los pasos del niño pequeño del relato edípico freudiano, condenado a evaluar la confrontación con el genital femenino privilegiando aquello que le falta para ser igual al genital conocido.

De una manera análoga, tendemos también a valorar las particularidades de un nuevo dispositivo por aquello de lo que carece respecto al dispositivo con el que estamos ya familiarizados. Es por ello que voy a compartir algunos emergentes clínicos de mi experiencia con el uso de Skype en estos tiempos de aislamiento. En mi opinión, permiten visibilizar no tanto los déficit del dispositivo, como, por el contrario, algunas de las posibilidades que habilita.

X, una adolescente histórica en análisis presencial desde hace aproximadamente un año, se muestra inicialmente renuente ante mi ofrecimiento de continuar las sesiones utilizando Skype. En un contacto telefónico, le digo que comprendo sus reticencias, y quedamos de cualquier modo en contacto por si cambia de opinión. Transcurrida poco más de una semana, se comunica conmigo para decirme que quiere “probar qué onda” con Skype.

En la primera sesión virtual, después de una turbación inicial (no muy diferente a la que suele acompañar una primera sesión en diván en un paciente no familiarizado con el dispositivo analítico), comenta que se quedó pensando en lo que habló con una amiga muy próxima. Su amiga también se analiza y también recibió de su analista, hace pocos días, el ofrecimiento de utilizar Skype. Su perturbación fue tal que se comunicó inmediatamente con mi paciente: se precipitó entre ambas jóvenes un intercambio que permitió a X poner en palabras algunos de los motivos de su rechazo inicial.

La cuestión giraba para ambas en torno a la elección del lugar de la casa en el que instalar la cámara. ¿Cómo hacer para que no delate intimidades que podrían ser fácilmente registradas por el ojo avezado de un analista? Se expondrían al descontrol de aquello que hasta el momento suponían, desde su omnipotencia, poder controlar: el suministro regulado de la “info” que proporcionaban, metódicamente, a los respectivos analistas.

No tardó en aparecer, en esa misma primera sesión virtual, el complemento de esta fantasía paranoide. ¿La camarita indiscreta no podría a su vez ponerlas en contacto con intimidades del analista: particularidades y estilos de su casa, de su rostro captado en primer plano o irrupciones eventuales de voces de miembros de su familia? Resulta claro que la novedad y las particularidades del dispositivo permitieron promover a un primer plano del escenario transferencial la curiosidad despertada por la persona del analista, hasta ese momento reprimida y mantenida a raya en el marco del *setting* presencial.

El segundo recorte corresponde a Z, una paciente de mediana edad que está en análisis conmigo desde hace casi dos años. Se trata, en realidad, de un reanálisis: Z

refiere en sus primeras entrevistas una primera experiencia razonablemente exitosa con una colega fallecida hacía unos cuatro años, después de haber transcurrido otros tantos desde la interrupción consensuada del tratamiento con ella, que valora por sus efectos.

A diferencia de X, Z acepta sin dificultades el ofrecimiento de continuar trabajando por Skype. De hecho, habíamos ya sostenido un par de sesiones por esa vía, en el curso de un viaje en el que estaba particularmente angustiada por el encuentro con su hermano menor (L), residente en el extranjero, con quien mantiene una relación conflictiva. Pero, además, se muestra muy interesada en continuar su trabajo de análisis: está atravesando la cuarentena con su marido y (lo que le resulta particularmente tenso) con su suegra, alojada ahora en su casa ante dificultades que se presentaron con la empleada que habitualmente la acompaña.

Decidimos mantener la misma frecuencia y los mismos horarios en los que venía a mi consultorio. Desde mi perspectiva, no registro diferencias en el espesor del trabajo analítico que sostenemos por Skype. Z continúa asociando y trayendo sueños como lo venía haciendo en mi consultorio; el trabajo con uno de ellos trae a la luz el recuerdo de juegos eróticos con L cuando ambos tenían ocho y cinco años, respectivamente. En varias oportunidades, a la hora de la siesta, L se pasaba a su cama: se empezaban a acariciar y, en ocasiones, ella llegaba a un orgasmo. El hermano mayor, preadolescente, preguntaba inquieto desde el cuarto contiguo “qué estábamos haciendo”.

Z se sorprende de estar relatando estos recuerdos: no es que los tuviera olvidados, pero nunca los había comunicado, ni en su primer análisis, ni en el tiempo de trabajo que lleva conmigo. “No sé por qué ahora sí... Pero, pensándolo bien..., es probable que me haya animado porque estamos por Skype. Creo que en presencia suya me hubiera dado más vergüenza”.

Me resulta una rica observación para compartir. Nos permite apreciar la contracara de los tan lamentados déficit de las sesiones virtuales: la ausencia del “cuerpo a cuerpo” y de todos los registros que acompañan esa interacción (el apretón de manos del analista, su calidez o su frialdad, su aroma...), hechos todos, claro está, que hacen a las particularidades del encuentro presencial.

Sin embargo, tendríamos que considerar también el efecto de vergüenza que puede inducir la “presencia real” (Lacan, 1960-1961/2003) del Otro. Su ausencia en el encuentro virtual puede propiciar un debilitamiento de los efectos inhibitorios de la vergüenza que, en algunos analizantes, contribuya por otras vías al “desamarre de la palabra”: una bonita expresión con la que Lacan (1954-1955/1981) recoge la facilitación de la asociación libre que, en condiciones habituales, promueve el uso del diván.

Son muchos los especialistas que advierten que el coronavirus llegó para quedarse... con una humanidad -esperamos- convenientemente inmunizada. Es de esperar que una mayor conceptualización de los cambios que estamos introduciendo en nuestro *setting* enriquezca nuestra caja de herramientas y nos brinde una mayor inmunidad ante la siempre presente tentación *standardizante*.

## Resumen

El artículo aborda los efectos que induce el aislamiento preventivo y obligatorio, utilizando como analogía la extrañeza que caracteriza la vivencia adolescente. Contraponen las resistencias que en estos años suscitó en muchos colegas el uso de medios virtuales, con la generalización de su empleo en las actuales circunstancias. ¿Se tratará de que “la necesidad tiene cara de hereje”, o de que se va abriendo paso la convicción de que la eficacia de nuestra práctica no está atada a la fidelidad a un modelo excluyente de *setting*? Abordo dos recortes clínicos para evaluar los nuevos dispositivos, no tanto en términos de sus déficit respecto al dispositivo clásico, sino apuntando a destacar aquello a lo que su especificidad habilita.

**Descriptor:** *Enquadre psicoanalítico*. **Candidatos a descriptores:** *Modelo óptico, Extrañeza, Standards*.

## Abstract

The article approaches the effects that preventive and compulsory isolation induces, using as an analogy the strangeness that characterizes the adolescent experience. The resistance that the use of virtual media has raised in many colleagues in recent years is contrasted to the generalization of its use in the current circumstances. The author wonders whether this is a question of what Quevedo formulated as “necessity has a heretic face”, or of the fact that the conviction that the effectiveness of the analytical practice is not tied to fidelity to an exclusive model of setting is gradually making way. Two clinical vignettes are introduced to address the new devices not so much in terms of their deficits compared to the classic device, but aiming to highlight what their specificity enables.

**Keyword:** *Psychoanalytic setting*. **Candidates to keywords:** *Optical model, Strangeness, Standards*.

## Referencias

- Aristóteles (trad. en 2004). *Metafísica: Libro 3*. Madrid: Gredos. (Obra del siglo IV a. C.).
- Cabral, A. C. (2020). *Formas extremas de padecimiento psíquico na infância e adolescência hoje*. (Inédito).
- Ferenczi, S. (1984). La elasticidad de la técnica analítica. En F. J. Aguirre (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Madrid: Espasa Calpe. (Trabajo original publicado en 1928).
- Lacan, J. (2009). Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”. En T. Segovia (trad.), *Escritos 2* (vol. 2, pp. 617-654). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- Nietzsche, F. (2010). *Así hablaba Zaratustra*. Buenos Aires: Época. (Trabajo original publicado en 1881).

